

barcos del Estado hacia el Cairo seguidos de los lamentos de las mujeres por espacio de algunas leguas. La vida de los *fellahs* no es materialmente mas desgraciada que la vida de nuestros trabajadores del campo; su carácter es mas bien alegre que melancólico; y las circuncisiones y los casamientos son fiestas á que se convida á todo el pueblo; sus fantasías, sus cantos y danzas respiran la alegre espontaneidad instintiva y genial de los negros. Pero con todo lo que puede hacer la vida amable, les falta el sentimiento de los derechos y deberes, eso que hace al hombre libre, *ciudadano*. Todos aman su pueblo y su hogar, pero el Egipto no es una nacion, ni menos una patria. Esa degeneracion de la especie humana, que tan dolorosamente se ve, admira á primera vista; sin embargo, si se reflexiona en la tiranía de los mamelucos, en la profunda desorganizacion del Egipto bajo la dinastía griega y la dominacion romana, y finalmente en la antigua ley de castas que condenaba la masa del pueblo á la esclavitud del terruño, se comprende fácilmente que el espíritu del *fellah*, atrofiado ya por los Faraones, aturdido por los romanos, abatido por el fatalismo musulmán; resista largo tiempo á los esfuerzos, á las tendencias humanitarias del gobierno de Said-bajá. Desde la conquista árabe, la tierra ha sido legalmente la propiedad de los sultanes, de los emires y beyes; lo que en principio existía entre nosotros en el mundo feudal, fue rigurosamente aplicado en Egipto. Toda la cosecha del *fellah*, escepto lo estrictamente necesario, pasaba al granero del señor: actualmente el virey renuncia al monopolio: quiere transformar los tributos arbitrarios en impuestos regulares, concede derechos á los labradores y les asegura la libre trasmision del campo que han regado con el sudor de su frente. Pero no se borra en un día el terrible sello de la esclavitud pasada.

Los marineros del Nilo, hijos y parientes de los *fellahs* conservan la ignorancia de ellos, su humildad, su menosprecio de la vida, y ese instinto de reír, de cantar y bailar. Sin embargo, su inteligencia se aguza al contacto continuo de los extranjeros. A juzgar por nuestra tripulacion, que debe parecerse á ellos, son sobrios y muy sumisos á su *reis*; malignos y burlones con las poblaciones ribereñas, inclinados sobre todo al merodeo, vicio comun á todas las gentes errantes para quien todos son extranjeros; así que no robarian á un amigo, á un vecino, á un hombre cualquiera, cuyo nombre les fuera conocido. Pero ¿qué les importa un desconocido? Despues de todo hay tantos pollos en las orillas del Nilo y están tan flacos. Con semejantes razonamientos nos atraian frecuentes maldiciones, y como los pollos habian desaparecido siempre, cuando mandábamos devolverlos, salimos al fin cómplices del robo. ¡Cuántos sermones

les echábamos entonces procurando demostrarles la injusticia de su proceder, ó insinuándoles al menos que semejantes desórdenes no podian convenir á unos europeos patrocinados por el virey! Y todos respondian en coro, al decir del dragoman. «¡El amo es un sabio, un gran sabio!» Pero el día siguiente habian olvidado ya el sermón. Una noche que habíamos anclado cerca de un islote desierto, nos despertamos sobresaltados al ruido de una encarnizada lucha. Allá en el puente, un hombre amarrado á un mástil estaba dando grandes alaridos que se confundian con las amenazas de la tripulacion: habíase dicho el martirio de San Sebastian. Nosotros mandamos poner en libertad al prisionero, levemente herido de la pierna y pedimos esplicaciones de aquello: encuentro de otro barco, injurias de una y otra parte, abordaje, golpes, etc. Para destruir estas costumbres de querellas imaginamos un medio bastante eficaz: nuestro dragoman mostró á los recalcitrantes sus nombres escritos en un cuaderno, previniéndoles que dos malas notas bastarian para una exclusion cierta. Casi todos merecieron la primera, pero ninguno contrajo méritos para la segunda: los cigarros, el café y algunos otros halagos los trajeron á buen camino y no quisieron abandonarnos.

El *reis* Essen, originario de Asuan, nos era verdaderamente adicto: hombre vigoroso, obediente y que sabia hacerse obedecer, puede considerarse como un modelo entre sus compañeros. Para hacerse respetar no alternaba nunca con los marineros y comia siempre aparte en el puente superior. Su rico traje nos hacia honor, y sin embargo solo tenia 30 francos mensuales de sueldo. Los personajes mas considerables, despues de él, eran el dragoman y el *cawas*. El cocinero, que era el hombre mas grueso de la tripulacion, merece tambien una mencion: algunas semanas despues en la Nubia, estuvo á punto de ser devorado por un cocodrilo, que habia en verdad elegido una gran presa. Nombremos en fin al marinero Mahmud, fuerte é infatigable, que hablaba continuamente de su próximo casamiento con Luksor y merecia mil *lazzi* de mal gusto por su impaciencia.

Las orillas del rio.

El viento contrario no tardó en detener nuestra marcha; y mientras que grandes barcos cargados de paja torcida venian rio abajo con viento en popa, el nuestro era remolcado lentamente bajo las escarpadas pendientes del Djebel-Mahagah. La cadena arábica se acerca á nosotros y se eleva ofreciendo mas que la otra un aspecto salvaje que contrasta con las cañas y algodoneros que alegran su base. A su pie grupos de palmeras exentas de la influencia humana que impone hasta á los árboles formas domésticas, elevan sus

troncos esbeltos coronados de inmóviles penachos; ó bien son tamariscos de hojas tan suaves como plumas ó mimosas de recortada sombra, ó la higuera de Egipto, escudo de espesa verdura puesto sobre un fuerte que eleva fuera de tierra una cúpula de raíces. Nosotros seguíamos á pie por la orilla, tirando alguna que otra vez á una tórtola, visitando los pueblecillos mas inmediatos al desierto: algunos tenian guarnicion de tropa asemejándose á nuestras pequeñas plazas de armas. Hay tambien en las pendientes de la montaña una ciudad desierta, antiguo asilo de malhechores, donde Ibrahim-bajá, cortando por lo sano, entró á

sangre y fuego: ya no es mas que una madriguera de chacales segun el verso del poeta:

«Le chacalpeut venir où le crime a passé.»

Sus casas se caen por su propio peso y las grutas vecinas parecen llenas de huesos. Pero no hay que horrorizarse, que son huesos de gatos y perros sagrados. A la vuelta visitaremos los hipogeos ó subterráneos de Beni-Hassan; pero no podemos detenernos; mas vale esperar al término de nuestro viaje, mientras que el Nilo aun lleno nos opone menos resistencia.



Karnak.—Sala hyportyla, vista en conjunto.

Pasábamos bajo el Djebel-Their por una especie de estrecho que descarna la base de la montaña, cuando fuimos asaltados por una multitud de mendigos, casi desnudos y asquerosos que se echaron á nadar aceptando todo lo que se les queria tirar desde el barco y sumergiéndose ágilmente para buscar un sueldo que cayera al agua. Eran hombres y niños, tan ávidos como una trailla de perros: abrumados de injurias por nuestra tripulacion, respondian con ventaja y su vocabulario era tan copioso, que hieron callar á sus adversarios. Por fin pudimos desembarazarnos de ellos que se retiraron con el botín á un gran edificio cuadrado que descubríamos en lo alto de la montaña. ¿Qué casa es ésta?—Un convento, nos respondió el dragoman.—¿Y esos miserables?—Monges coptos y sus discípulos. Los coptos que descienden de la casta mercantil del antiguo Egipto: son cristianos; dicen misa en una lengua preciosa para la filología, pero que no hablan ni entienden desde el siglo XV. Su historia no es de las mas brillantes. Convertidos al

cristianismo hacia el siglo II, discípulos de Eutyches, diezmados por la persecucion ortodoxa, cómplices de la invasion árabe, tolerados por el islamismo y empleados por los mamelucos en la percepcion de los tributos, gozan en el día de alguna consideracion; monges mendigos y rapaces, castradores, etc., son los nombres que podrian aplicarse á casi todos ellos.

En la altura de Minieh, ciudad populosa y bella donde el virey posee un palacio, fue donde empezamos á requerir á los *fellahs* para remolcar nuestro barco (11 de diciembre). Los mudires y cheikes apoyaban con su autoridad nuestro firman. Las mas de las veces no encontrábamos ninguna resistencia; los viejos y los jóvenes dejaban sus trabajos y venian á hacer la cadena cantando: no pedian *bakchis*, y cuando les dábamos algunas monedas, nuestra limosna se quedaba entre las manos del dragoman. Cada pueblo enviaba su contingente relevándose alternativamente. Los marineros completamente ociosos vigilaban, vara

en mano, la cadena y la dirigian, deteniendo á cualquiera que pasaba á su alcance sin preguntar la direccion que mejor le convenia. Un díscolo llegó á amenazar un dia al *reis* y recibió por ello una ruda

correccion; otros tiraban sus herramientas y huian á ocultarse entre las cañas; entonces comenzaba la caza del hombre con gran placer de la tripulacion y del *cawas*. Nosotros no osábamos oponernos para no



Mujer fellah.

desprestigiar el firman. Cuando se llegaba á encontrar las herramientas, no tardaba en presentarse el dueño á reclamarlas humildemente, temiendo que se entregaran al magistrado como cuerpo del delito.

En la orilla líbica, el valle menos salvaje des- envolvía hasta perderse de vista plantaciones de cañas interrumpidas muchas veces por pueblecillos y ciudades pintorescas como Minieh, Melawi, Manfalut, Syut, etc., las unas á la orilla del Nilo, córroidas ó arruinadas en parte por las crecidas; las otras

á una media legua al mismo pie de la montaña. Todo este rico pais, veinte pueblos, pertenece al príncipe Ismail, hermano del virey; cerca de Minieh, este rico propietario ha hecho establecer una máquina de vapor para elevar las aguas y esparcir la fertilidad por la llanura: muchas fábricas, comunmente dirigidas por extranjeros destilan y refinan los azúcares: la principal está situada junto á una isla encantadora, centro de este vasto patrimonio, la isla de Roda, tan verde y alegre como la Rodas del Cairo. En ella

fuimos acogidos como amigos por el director francés á quien devolvimos su obsequio á bordo: esta fue nuestra primera recepcion. Buena comida, gracias á las provisiones europeas, fantasía, danza de marine-

ros, canto, iluminacion, fuegos de Bengala, café, cigarros; la fiesta fue completa y duró hasta bien entrada la noche. El dia siguiente (13 de diciembre) nos despedimos de nuestros huéspedes con dos salvas



Karnak.—Propylon del Norte.

de artillería, y á la alegría sucedieron los pensamientos melancólicos. Un barco pasó silenciosamente: segun supimos, llevaba una jóven enferma á quien los médicos enviaban al trópico. En efecto, el clima del Egipto es eminentemente sano y favorable á los pulmones debilitados; pero si bien puede rehabilitar una organizacion desfalleciente, no es cuando llega ya al último grado. Si el agua del Nilo es una panacea ¿por qué aplicarla tan tarde? Pero ya no se

ve el barco silencioso, de cerradas ventanas, de marcha rápida y triste como la enferma que lleva; ya desapareció inspirándome sombríos pensamientos.

Manfalut, ciudad de nombre antiguo, es incesantemente devorada por el Nilo que la baña y muestra al viajero una mezquita medio derruida, bazar que descende tienda por tienda y queda pendiente sobre el agua. La indolencia árabe opone una desdenosa inercia á los progresos del rio; está escrito que el Nilo

arrastrará este muro, esta casa, este campo. ¿Para qué oponerse? Por otra parte la vida es buena en Manfalut: en ella se hace excelente manteca, raro tesoro en Egipto, y la region de las sandías de carne roja comienza á poca distancia. El comercio parece tambien

florecente, vendiéndose de todo en este mercado, hasta hombres y mujeres. El tráfico de esclavos prohibido por Said á su advenimiento tiene en Manfalut uno de sus refugios.

Si el Nilo amenaza asi una mitad de esta poblacion,



Mujer fellah.

consiste en que la base de la montaña restringe su curso por la orilla opuesta oponiendo á su empuje una barrera insuperable. El Djebel-bu-Affodah, corrido por tantos siglos, está apenas socavado y no hay que temer una caída inminente: sus paredes perpendiculares por algunos sitios y horadadas por otros, pudieron habernos sido funestas. La noche venia cuando entramos en la corriente; reinaba un profundo si-

lencio solo turbado por los gemidos del agua que desgarran las escabrosidades de las rocas; todo prometia un feliz pasaje; el timon y las velas triunfaban de la corriente. Completamente confiados cedimos al capricho de encender luces verdes y rojas de que estábamos provistos. ¡Bello espectáculo! Mágicos resplandores despertaban en sus antros grandes águilas atortoladas y veíamos distintamente las secas paredes,

menos bellas que las bóvedas de nuestras grutas de donde penden staláctitas húmedas. Pero apagada la iluminación, el piloto turbado por la oscuridad repentina deja desviarse el timon y el barco estuvo en peligro. Por fortuna, el peligro no duró mas tiempo que

el preciso para fijar en nuestra memoria el recuerdo de aquella noche. La maniobra hábilmente mandada por el *reis* nos puso muy luego en rumbo hácia un islote, donde amarramos para pasar el resto de la noche. La alegría mas viva aun que el temor, se mani-



Mujer fellah.

festó por disparos de escopeta, que repercutian en las sinuosidades; por cantos y danzas de la gente, alegre tumulto que atrajo muchos barcos, cuyos tripulantes parecian dispuestos á participar de nuestro júbilo (15 diciembre.) Al alba para no dormirmos, bajamos á un estrecho valle donde corre en paz la vida de algunas familias desconocidas del mundo. Desde este lugarejo, oculto en un recodo de la montaña, apenas se ven pasar los barcos: todo nos pareció allí patriar-

cal y primitivo; solamente se hace allí manteca en una vasija suspendida que un muchacho agita por medio de una cuerda. Las mujeres sonrien y tienden la mano sin lamentaciones.

El Said-Tebas.

La ciudad de Syut, que es la principal despues del Cairo y Alejandria, se ofrece con mas aparato que sus